

El “Correo Botella”

AUTOBIOGRAFIA DEL BRIGADIER GENERAL Don. JOSE RONDEAU.

En el primer viento pampero que hubo después de esta escena, **supe por el correo Botella**, que en la tarde antes de verificarse, había recibido la plaza por el Cerro, un aviso de lo que se proyectaba en el campo, y que con este motivo después de la oración, habían puesto a bordo del Queche cien infantes y que se le habían apostado cerca dos cañoneras, una por la proa y otra por la popa; sin duda algún enemigo de nuestro sistema hizo este servicio a los de su partido, frustrando así la empresa que de todos modos fue atrevida y denodada.

He dicho en los párrafos anteriores, que la goleta portuguesa fue tomada cuando Montevideo se hallaba en grande apuro de comestibles, y esto es exacto, porque también lo es que sabia su estado a este respecto, como igualmente las disposiciones o proyectos de sus mandatarios sobre la guerra, en **razón de que recibía frecuentemente una posta en que se me comunicaba circunstancialmente cuanto allí pasaba: a aquella se le dio el nombre en el ejercito de Correo la Botella**, y es consiguiente manifestar el como venia para satisfacer la curiosidad de las personas que leyendo esta indicación incurran en ella.



Un español europeo empleado en el despacho de gobierno de la plaza, por cierto que liberal y patriota y enemigo del despotismo, deseoso por otra parte de que progresase la revolución contra él, cuyo nombre estamparía aquí a no ser que lo he olvidado, despidió por primera vez una botella herméticamente cerrada, desde un buque que estaba como abandonado en el puerto, picando el viento de tierra, la que contenía una carta rotulada al general del ejército, cuyo sobre se veía por el exterior y fue encontrada en la playa de la Aguada por un individuo del mismo, el que me la presento: la abrí y su contenido era darme noticias que creyó pudieran convenirme, hacerme algunas advertencias que eran también necesarias para la continuación, y en aquellas una cifra que debía yo conservar hasta su debido tiempo; fue muy pronto sabido el encuentro de la botella, por las tropas, e igualmente que debían venir otras, y esto me puso en el



caso de ofrecer tres pesos fuertes, al que me trajese alguna de las que debían esperarse en adelante: esta gratificación que costaba mi bolsillo, sin duda fue un motivo para que no se extraviasen; de modo que según me dijo después el corresponsal, dándole conocimiento de las cartas que había recibido, solo el numero 4 se había perdido, tal vez por haber cambiado el viento, sin embargo de que la distancia que mediaba entre el buque y la playa era corta.

Ceso esta correspondencia a los cinco meses de establecida, porque el gobierno enemigo noticioso del cuento de la botella, hacia las mayores pesquisas para descubrir sus autores, y aunque no lo consiguió, sospecharon del punto de partida del correo y mandaron aproximar la vieja oficina al muelle; metido el barco entre otros y asechado, se dio de mano a esta empresa. Desde mi Cuartel General observe muy pronto la falta de aquel, en su amarradero anterior, y mas, temí que hubiese sido descubierto el ayudante de ella, y por si de algo pudiese valerle una estratagema que se me ocurrió, la lleve al efecto; esta fue continuar poniendo, por tiempo largo, siempre que picaba el pampero, una banderola azul en el caserío que llamaban de los negros, señal que el mismo corresponsal había indicado, se hiciera toda vez que se recibiese alguna botella, para su conocimiento, como efectivamente se practicaba desde la primera; pero al fin supe que no le habían incomodado, y con este motivo no se puso más la bandera.

Aunque no escribo esta memoria con el interés de que vea la luz, pues ni sucesores tengo que pudieran hacer merito de lo que contienen sus líneas, y si solo para entretener el tiempo en circunstancias que me hallo de descanso con el fin de reparar mi salud tan quebrantada, no me es fastidiosa la tarea; por el contrario quisiera prolongarla, trayendo a la memoria los infinitos sucesos que en el largo periodo de mi vida militar, me han ocurrido para relacionarlos; pero como ello no será posible por su inmensa extensión, la continuare detallando los que recuerde; de

entre estos es algo semejante a lo expresado, en el párrafo precedente, aunque con distintas tendencias, el que voy a referir.



En ese mismo tiempo en que recibía comunicaciones de la plaza por el Correo Botella, mantenía una correspondencia con los jefes realistas de la misma, pero cada cual a sacar el partido que pudiese, sin desviarse de su fe política, como obra de una intriga que proporciono la casualidad; y es el caso que había en el ejercito de mi mando un sargento apellidado Viera, gallego, que merecía mi confianza, en

términos de que noche a noche (bien que no hacia otro servicio) se acercaba a las murallas, con cautela y donde oía que conversaban los sitiados, allí fijaba el oído siendo el principal motivo de esta escucha conocer en tiempo si la guarnición se disponía para una salida; y es de advertir que aunque se aproximaba solo, dejaba a cierta distancia ocultos tras de las barrancas los soldados que siempre le acompañaban; fue sentido Viera una que otra vez, pero no le hacían fuego, contentándose los enemigos con decirle cuatro dicharachos: en una de esas le propusieron que se pasase, y este tuvo la ocurrencia de ofrecer verificarlo si le hacían propuestas que le agradasen; fue al instante emplazado para la noche siguiente y a mí a la hora de costumbre me dio parte Viera de su aparente compromiso y cita: yo celebre mucho la invención porque de ella podía reportar alguna ventaja y cuando no burlarlos completamente: en efecto consentí en que volviese pero prevenido para el caso de que lo estrechasen a la fuga que se defendiese diciéndoles que antes de realizarla, quería hacer a la corona un servicio importante, cual era proporcionar que la guarnición de la plaza sorprendiese al ejercito sitiador, y combinar en hacer una salida, lo que le era fácil por la confianza que todos hacían de él.

.....